

Pável Florenski, *A mis hijos. (Recuerdos de los días pasados)*, Sevilla: Ediciones de la Fundación Altair, 483 páginas, 2023.¹

Una vez más la Fundación Altair y gracias al compromiso de Fidel Villegas –editor– con la difusión del pensamiento del científico, filósofo, teólogo y sacerdote ruso, Pável Florenski, nos hace llegar otra de sus obras. En este caso se trata de un título que se publica por primera vez en español. La traducción de Luis C. Fajardo Pineda y María Demidovich aporta además un importante aparato crítico. La edición se ve enriquecida por su prólogo, que consiste en un impecable trabajo introductorio del reconocido estudioso de la obra de Pável Florenski, Domenico Burzo. Merece una mención especial la dimensión estética de la presentación del libro que ha sido especialmente cuidada. Fotografías hasta ahora desconocidas del padre Pável y su familia, dibujos y viñetas embellecen sus páginas de color sepia y acercan de una manera cálida el mundo de Florenski.

El estudio de Domenico Burzo, que abarca las primeras cien páginas del libro, introduce al lector en el perfil de Florenski de modo lúcido y penetrante, a la manera de quien experimenta una gran admiración y empatía con el desarrollo vital y sapiencial de este gigante del espíritu. Pone el presente escrito en el contexto de la vida y la obra de Florenski así como del avatar de la cultura rusa en la época soviética. Señala también los vasos comunicantes que unen estas páginas con los principales temas del pensamiento de Florenski entre los cuales destaca especialmente la importancia de la memoria a nivel histórico, social, antropológico, pedagógico, metafísico y aun teológico.

Florenski escribió estos recuerdos entre 1916 y 1925, cuando la familia residía en Serguiev Posad. Encarnan un acto de resistencia a la amenaza de desprecio por el pasado que significaba la cultura soviética. El propio Florenski había sufrido la ausencia de un pasado claro en su ambiente familiar por diversos motivos, y no deseaba que a sus hijos les ocurriera lo mismo. Intenta transmitirles no sólo los detalles de su infancia en el Cáucaso, los prejuicios y costumbres cotidia-

¹ DOI: <https://doi.org/10.46553/sty.33.2024.p101-103>

nas, la íntima relación con su padre, la complicidad con su querida tía Julia, sino y principalmente la riqueza a la que le abrió un modo de estar frente al mundo que supo desplegar en esos primeros años. Quiere que sus hijos palpen, aprehendan lo que significa ser permeables a la realidad que los circunda. Este rasgo de su personalidad ha jugado un papel altamente significativo en la vida de Florenski, especialmente gracias al vínculo mágico y misterioso que experimentó con la gran protagonista de estas páginas que es la naturaleza.

Florenski reconoce que todo el desarrollo posterior de su inmensa obra en cada una de las distintas facetas que la componen depende de esas primeras percepciones de la infancia que le fueron concedidas no sólo por el estímulo de su padre sino también por la agudeza natural de su sensibilidad.

El lector no sale de su asombro frente al festivo desfile de sensaciones plagadas de matices que registra el alma de Florenski. Todo afecta su sensibilidad, paisajes de mar, montañas, bosques, diversidad de pájaros, minerales, plantas, árboles, flores, colores, atmósferas, sabores, sonidos, aromas, aceites. Nada escapa a sus vibrantes antenas. Y todo es recibido e interpretado con gratitud, como si de un don personalmente dirigido se tratara: las flores florecen sólo para él, el mar trae a las orillas regalos desde sus entrañas que son sólo para él. La naturaleza es una inmensa y misteriosa ofrenda y él “su favorito” (p. 206). “Era una sensación casi física de sentirme como una cuerda [...] a la que la naturaleza hace vibrar con un arco de violín” (p. 182). La experiencia del misterio, de que existe una presencia viva, amorosa y donante lo hacía sentir que “no estaba solo y que la Verdad estaba por encima de mí” (p.134).

La sensibilidad de la infancia despertaba espontáneamente en él una experiencia cercana a la mística: “Todos esos olores, sonidos y colores, seductores y queridos se fusionaron para siempre en una imagen generadora de vida de misteriosa profundidad [...] en la orilla del mar yo me sentía cara a cara con la infinita, solitaria, misteriosa, y

querida Eternidad, de donde todo fluye y donde todo vuelve. La eternidad me llamaba y yo estaba con ella” (pp. 150-151). “La percepción infantil supera la fragmentación del mundo *desde dentro*. [...] Se trata de una percepción mística del mundo” (p. 204).

Las reticencias de su padre ante la religión y el cientificismo de la academia sólo consiguieron reprimir y poner entre paréntesis por unos años este vínculo místico que más tarde resurgió con toda su fuerza. Cuando Florenski le pudo poner un nombre a esas intuiciones de la infancia señaló con énfasis: “Siempre he sido un platónico” (p. 304), un reconocedor de la existencia de dos mundos enlazados para el que lo terrenal es un símbolo, encarnación del espíritu.

Es este un libro insoslayable para quienes quieran familiarizarse con el pensamiento y el estilo, la *forma mentis* de Pável Florenski y también para aquellos iniciados que sabrán reconocer entre sus páginas una numerosa cantidad de intuiciones de la infancia que fueron luego ampliamente desarrolladas en *La columna y el fundamento de la verdad* y demás obras de madurez. Intuiciones que no sólo se vinculan con el saber sino con la vida. La *objetividad* en Florenski, esto es la salida de sí y la recepción de la alteridad es la puerta de acceso a todo lo que de grande y santo hay en la vida de un hombre. A lo que el padre Pável accedió de modo privilegiado por la agudeza de la percepción con la fue bendecido. El lector se explica entonces gracias a este libro cuál fue uno de los elementos esenciales que hicieron posible su genialidad.

Marisa Mosto¹

¹ Universidad Católica Argentina. Correo: marisamosto@uca.edu.ar.